

EL LEGADO DEL TIGRE:

DISOLVENCIAS EN UN PAISAJE ANDINO

Blanca Luz Pulido

Vladimiro Rivas Iturralde, *El legado del tigre*. México, UAM-A, 1996. 141 pp. (Los libros del laberinto, 52)

Nadie sabe lo que estoy viviendo, quizá ni yo mismo (...) no sé quien soy, nadie puede conocerme. Nadie puede conocer a nadie.

Vladimiro Rivas Iturralde,
El legado de tigre

Radicado en México desde 1973, el narrador y ensayista ecuatoriano Vladimiro Rivas Iturralde ha publicado cuatro libros de relatos: *El demiurgo* (Quito, 1968), *Historia del cuento desconocido* (México, 1974), *Los bienes* (México, 1981) y *Vivir del cuento* (Quito, 1993); un volumen de ensayos, *Desciframientos y complicidades* (México, 1991), y ahora la breve e intensa novela *El legado del tigre*, sobre la que intentaré señalar algunos rasgos sobresalientes.

El destino de los personajes de esta obra parece dirigirse, en una espe-

cie de fatalidad irrenunciable, hacia el aniquilamiento, en cualquiera de sus formas o variantes: la desaparición, el desamor, la prisión, el asesinato, el suicidio. Las cualidades más evidentes de la escritura de este texto podrían ser su transcurso cuidadoso y su tensión sostenida a lo largo de un discurso de no fácil acceso, por lo complejo de su trama y de sus personajes. Como en un juego de espejos, donde cada quien es visto sólo desde el reflejo de su imagen y su existencia en los demás, los seres que discurren por las páginas de esta novela no entregan al lector fácilmente su sentido. Tal vez, entre otras cosas, porque éste se muestra esquivo para ellos mismos.

Una fusión de voces

Como en toda narración, aquí también desempeña un lugar central el punto de vista empleado para relatar los sucesos, ya que determina la posición en la cual se colocan el o

los narradores para ir construyendo la historia. Esta novela se compone de doce partes, no indicadas como capítulos pero que funcionan de alguna forma como tales, a través de los cuales se van entrelazando varias voces narrativas para contarnos parte de la vida, hazañas y en algunos casos muerte o desaparición de un grupo *sui generis* de amigos, en Quito, Ecuador, en la década de los años sesenta.

Y digo *sui generis* porque no se trata de un grupo común de amigos, sino de uno cuyas personalidades centrales destacan por extremas, contrarias, conrastantes: Samuel Tipán y "el Cuña". Los demás personajes —el Coronel, padre del Cuña, Angélica, su hermana, y otros amigos, como Edurado, Guarderas, César, Ignacio, el Mono y Fausto— giran alrededor de Tipán y el Cuña, y sus vicisitudes son una especie de telón de fondo en el cual se inserta la historia principal. Así, la habilidad del autor consiste en ir entrelazando los variados hilos de una historia plural, como melodías que van trazando motivos y desembocan en un final intenso que las incluye y contiene a todas. El lector puede encontrar en esta obra un fino trabajo de armonización de trama central con tramas secundarias, ya que, a pesar de que nunca perdemos de vista que el asunto principal de la novela es la historia de dos personajes, el pelirrojo y explosivo Tipán y el atormentado Cuña, lo que

ocurre a otros personajes no deja de tener también relieve e importancia en la historia, aunque en un segundo plano.

Pero volviendo al asunto de los narradores, llama la atención que este ir tejiendo cuidadosamente la confluencia de la historia principal con historias secundarias se logra realizar sin que el lector pueda saber con certeza, en algunas ocasiones, quién está hablando, a cargo de quién está corriendo la función de relatar lo que viven los personajes. En ocasiones no hay duda: el mismo Cuña narra parte de la novela, a veces lo hace César, y en otras —escasas— hay un narrador en tercera persona, omnisciente, que refiere los hechos sin participar en ellos. Pero en varios casos el narrador, claramente parte del grupo de amigos, del “nosotros” alrededor del que crece esta historia, no muestra señales que nos permitan identificarlo, ponerle un nombre, una identidad clara, un rostro específico. Esto apunta, me parece, a crear en el texto una especie de personaje colectivo en el cual, en cierta medida, lo importante no es reconocer personalidades sino instaurar un ámbito plural, polifónico, de voces que pueden intercambiarse, confundirse o mezclarse. Es difícil, como lector, renunciar a saber quién está narrando, pero después de intentar descubrirlo sin éxito en varios pasajes del libro, me pareció entrever que tal vez en ello residía justamente el interés del autor, ya que la incertidumbre que así se crea refuerza el clima general de la obra, que

es el de un mundo amenazado, en disolución, que se acerca paulatinamente a la desaparición o a la muerte.

Un mundo que avanza a su disolución

César, uno de los personajes de la novela, ante el amor afirma sentir una “necesidad de aniquilamiento, desprendimiento total: quiero desaparecer, perderme en ti, que te lleves toda mi sangre,... todo lo que hay bajo mi piel. ...Morir, morir en ella. A la muerte, al muerte, a la muerte.” Esta invocación a la muerte parece regir el destino de varios personajes: Tipán, que muere asesinado pero desafiante, ya que como sus compañeros perseguidos después de una manifestación, pudo haber escapado a la muerte, escondiéndose, pero no lo hizo: el Cuña, quien después de esa muerte no encuentra otra forma de vivir que terminar con su vida para castigar a su padre, el Coronel, responsable de la muerte de su amigo, y, en otra forma de la muerte que es la desaparición, Eduardo y Fausto, personajes secundarios pero cuya vida también avanza hacia la disolución. Muere también el padre de Tipán, en las alturas del Chimborazo. El mundo conflictivo y contrastante de la época queda apuntado con suficiente claridad en la trayectoria de los personajes, como un difícil escenario que se suma a los problemas internos, de crecimiento y aprendizaje, a los que también deben enfrentarse. Habla César con Ignacio, sobre el sentimiento

de estar perseguidos, amenazados, condenados:

“Están ... sobre nosotros, que sin haber intentado nada nos hemos equivocado. Están sobre todos nosotros, Nacho, y deben ser fieles a sus códigos de justicia hasta sus últimas consecuencias. ... Y qué importa al fin lo que digamos, si sus venganzas transcurren más eficaces que nosotros, que nuestro descontento. Qué importa ya lo que te digo, ...si también esos automóviles, y la publicidad, las casas viejas que tumban y las nuevas que edifican sin que sepamos nunca por qué, los cheques y el petróleo circulan arrasando con nosotros, indiferentes y ciegos, tragándose almas y atragantándose con ellas, guardando en cloroformo todo lo que toca para que nada cambie, afantasmándonos, castigando para siempre al estudiante que quiso ser juez, cónsul, verdugo y soldado.”

En este sentido, tal vez *El legado del tigre* pueda leerse como un mundo que está en proceso de cambio, donde actitudes, situaciones o personas desaparecen o mueren. Es también una elegía, una especie de registro de lo que se está perdiendo, se ha perdido o se ha de perder. El dolor por la muerte del padre, real para Tipán, simbólico para el Cuña, la muerte deseada del padre represor, la desaparición del amigo y alter ego Eduardo, todo ello, repito, va formando en la